

Donde el silencio empieza

Cáncer, alzhéimer, tumores. Son palabras que todos hemos escuchado alguna vez y que, aún así, siguen teniendo el poder de detenerlo todo en un instante.

Muchas veces oímos la misma frase cuando alguien muere: “Qué pena... pero llevaba muchos años luchando contra el cáncer”. Y la conversación termina ahí, como si esa explicación bastara para justificarlo todo. Como si la enfermedad fuera simplemente parte de la vida, algo que solo podemos aceptar.

Pero quizá deberíamos preguntarnos algo diferente: ¿y si en lugar de acostumbrarnos a estas enfermedades empezáramos a preguntarnos cómo evitar que sigan arrebatando tantas vidas?

Vivimos rodeados de historias así. Tantas, que poco a poco hemos aprendido a verlas como algo normal. Sin embargo, no deberíamos normalizar perder a alguien por una enfermedad que podría haberse detectado antes. No debería ser normal que el tiempo, ese que tantas veces se pierde entre pruebas, citas y esperas, termine convirtiéndose en lo que decide entre la vida y la muerte.

Porque muchas veces la historia comienza con pequeños detalles. Un diagnóstico que llegó demasiado tarde, unos resultados que no se comunicaron para “no preocupar al paciente”. Una prueba que nunca se llegó a realizar porque “quizá no era necesaria”. Son oraciones que parecen simples explicaciones, pero detrás de ellas hay personas, familias enteras y vidas que cambian para siempre.

Por eso es tan importante cuidar y defender una sanidad que funcione de verdad. Una sanidad donde quienes nos cuidan (médicos, enfermeros, auxiliares) puedan trabajar con tiempo, con medios y con la tranquilidad de saber que pueden hacer bien su trabajo. Porque cuando quienes nos cuidan no tienen las condiciones necesarias, quienes terminan pagando el precio somos nosotros, los pacientes.

Y también están quienes trabajan en silencio, en laboratorios y centros de investigación, dedicando años de su vida a encontrar respuestas que puedan cambiar miles de vidas. Personas que buscan tratamientos, soluciones, esperanza. Gracias a ellas existen avances que hace años parecían imposibles. Pero incluso con todos esos esfuerzos, hay algo que no deberíamos permitir: acostumbrarnos a la pérdida.

Porque detrás de cada historia hay una madre que todavía tenía una vida por delante, un abuelo que aún tenía historias que contar, una familia que jamás imaginó tener que despedirse tan pronto.

Y quizá lo más triste de todo no sea la enfermedad en sí, sino la idea de que algún día podamos llegar a verla como algo normal.

Porque hay pérdidas que el tiempo nunca debería convertir en costumbre.